

WALDO PÉREZ CINO
La isla y la tribu

bokeh *

Primera edición en Bokeh, 2012 (Antwerpen: Bokeh)
Segunda edición en Bokeh, 2015 (Leiden: Bokeh)

© Waldo Pérez Cino, 2012, 2015
© Fotografía de cubierta: W Pérez Cino, 2011
© Bokeh, 2012, 2015

ISBN: 978-94-91515-12-5

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

ARENA DE PRAGA

Si no hubiera sido por una carta hubiera olvidado esta historia –bastante improbables, las dos, y aun más la carta, si cabe. Es muy difícil discernir por qué se recuerdan las cosas, quiero decir las que no son importantes ni repercuten en nada o en muy poco, ni traen cola y tienen –si tienen alguna– consecuencias del todo remotas. En cualquier caso, nunca pude responder a su autora pues ella viajaría –anunciado en la primera línea y en la última de la postdata, también en el cuerpo– en unos días y además sabría una vez pasado ese lapso de tiempo su dirección para mí perdida e inútil (la que todavía era) o remota del todo (la que sería y que no conocía ni ella misma, o no quiso dar). Su nombre también me pareció extraño pero luego lo he oído o leído varias veces, ocurre a menudo que se hace frecuente lo que hasta un día fue desconocido o insólito o lo menos irregular, el nombre era Beril –lo he visto con una pequeña variación, Beryl– y el apellido ilustre, Comenius –aunque tampoco tanto, hay un Comenius que firma reseñas sobre literatura de viajes en el Boletín de la Sociedad y que no tiene nada que ver, que yo sepa y por lo que pude indagar, con el Comenius famoso. Ella –Beril si es ése su nombre–, se sabría desde luego y de antemano ignota o inaccesible o casi de seguro inaccesible, y durante un tiempo aún esperé –no cabía más nada, esperar– que apareciera de nuevo (otra carta o una llamada, quién sabe, tendría mi número como cualquiera de los alumnos aquel verano de Praga). Después ya no –toda

espera cesa, aun la más ardua— y hace unas semanas me he mudado y ya no lo espero en absoluto, o eso creo y hace suponer toda lógica. Todo esto quiere decir que en el momento de recibir la carta o más bien de leerla sospeché que el nombre no sería auténtico, y casi lo di por sentado, a lo mejor lo recuerdo por eso, por la sospecha, y además esa espera adicional o extra, un plus. No había asistido a mi curso, decía. El silencio imponía —o me impuso a mí, puedo ser obsesivo con los pequeños asuntos— una sobrememoria, retener la respuesta que me pedía y que podría a lo mejor ser un diálogo imprevisto —y como se ve, no lo quería imprevisto ni improvisado, natural sí pero no confuso, lo querría claro todo y ahora en cambio me disgrego y no cuento.

El curso había ido bien, como siempre —los cursos de verano van siempre así, no hay tiempo para el error ni para hacerlo patente, espero que los alumnos lo agradezcan y también yo lo hago— y como suele pasar alguien propuso una fiesta (creo que las organiza la Facultad, siempre es igual) y todo el mundo aceptó, hasta ahí todo es rutina, éxito compartido y monótono y despedida que siempre promete —la mayoría se queda algo más en Praga, una o dos o hasta tres semanas de más, es la regla; harán planes para esos días de holganza y pausa, es comprensible y a veces van bien, también yo los he hecho (no hay tiempo para errar o desperdiciar, y eso ayuda). Este año me quedaba, una quincena o menos —trece días sin contar el del vuelo, doce noches— pero la verdad no hice planes; tenía previsto de antes visitar a Jan y a su nueva mujer —eslovaca, filóloga, preciosa: Jan es entusiasta, ya es su tercer matrimonio—. Eso me llevaría ya una semana y cinco días son muy pocos, aun si no se desperdicia el tiempo y se va al grano, y no se yerra.

Así que fui a la fiesta, pero sin planes —creo que por quedar bien o por no resultar hosco, supuse que me esperaban o siempre eso te hacen creer los alumnos, se desviven en la atención y el cumplido, un encanto—. Este año la organizaba una tal Mina, italiana como es de prever, ella puso la casa —una casona en el barrio viejo de Praga, vivía allí— y la cortesía de anfitriona, aunque no sé si la Facultad

habrá corrido con algo. Mina era la mayor del grupo o lo parecía, unos treinta o así –no soy bueno para calcular las edades ni para preguntarlas, mejor no saber–. Me había contado que trabajaba de relacionista pública en una editorial naturista, así que era de rigor imaginársela desnuda entre naturistas desnudos, viajaría mucho Mina (me figuro que vestida, en los aviones son rígidos). O a lo mejor los naturistas concertaban las ediciones (que no imagino de qué) trajeados a conveniencia, lo más probable, y Mina tendría que llevar una agenda y citas de trabajo, lo típico, todo de lo más normal. No sé. Viajaba pronto a los Estados Unidos, a cubrir un festival –*Burning Man Festival*, dijo, harían hogueras– pero sus dos semanas hasta el viaje eran rutina, vivía aquí. Beril, en su carta, la mencionaba como la «chica italiana naturista» (tres veces), o la «editora naturista» (una sola), en lo que resultaba una distorsión bastante obvia, pero no menos previsible. En la fiesta había muchos que no eran del curso –las parejas y los amigos, y las parejas de los amigos, siempre la cosa cunde; muchos serían de otros cursos, los había visto en la Facultad. Seguramente la corresponsal remota Beril estaría entre ellos, pero cómo precisar quien sería o quién habrá sido, si para mí ya no existe ahora, no hay modo.

Lo que sí está claro es que debió estar allí, apostarí por eso; aparte de las menciones a Mina –toda la carta una extensa mención– reservaba memoria para algún que otro incidente trivial (la chica rusa del tatuaje en la nuca, para ella «la del tatuaje» a secas, que se hirió la mano con una copa rota, nada grave; según ella, «la del tatuaje sabía quién era la chica italiana naturista, por eso la aprensión y por eso la mano crispada, susto como para quebrar una copa»). En general, ése y otros percances adquirirían en su carta un tono semejante de premonición y aviso, guárdate de lo que no sabes –pareciera decir–, de lo ignoto –como si se aludiera a sí misma, tiene gracia, más ignota ella misma que sus advertencias tan vagas. Debió estar entonces la propia Beril en la fiesta –improbable que hablase de oídas o de segunda mano, Beril una fuente directa–, y debió quedarse hasta tarde, porque aludía con algún rencor al poco

caso que hice, ya *a los bailes* (su español era bueno pero la delataban minucias, como decir a los bailes como quien dijera a los postres), a cualquier otra que no fuese Mina –y es verdad, nunca bailo, pero Mina consiguió que lo hiciera, Mina y varias copas de más, no todo el mérito es suyo.

Demasiadas copas, es cierto: no siempre es así, en la Facultad son más comedidos o habrá algún conserje que llame al orden o cierre el edificio, y se muda la juerga –que para mí entonces termina– a otra parte, para concluir y llegar a su fin natural y a su aire –sin prisas–, pero por esta vez la casa de Mina no promovía mudanza y sí el chance de hacerlo a lo grande, los estudiantes son como niños a veces, querrían aprovechar y pasarse. No todos, Beril estaría allí de testigo o cubriendo las espaldas de algunos –por ejemplo, y siempre según ella, las mías–, y aprobando y censando y llevando la cuenta de los desmanes de los más atrevidos, supongo, o camuflada entre ellos. La chica del tatuaje en la nuca, por caso, olvidó su corte y la aprensión y su miedo –saber quién era Mina quiebra copas, la mano crispada que aprieta– para mostrarnos muy en soltura sus otros tatuajes, menos interesantes que la rosa náutica del cuello pero mejor ubicados, un pretexto exhibicionista a medida –los pechos, otro donde casi es pubis el vientre. Una muchacha inglesa –muy joven o sería muy aniñada, a estas edades quién sabe– nos mostró un pájaro indefinible –irreconocible para mí, pero a bombo y platillo anunció que era un dodo, suerte de pingüino de pico polícromo, un pingüino tucán– en su espalda, posado al omóplato (su chico abundó en detalles ornitológicos que, como hace al caso, olvidé enseguida o muy pronto).

Mina fue más avara con el suyo –también tenía uno, no un dodo extinto sino tatuaje–, porque me lo mostró sólo a mí. La tal Beril no daba noticia de nada de esto, así que fuimos discretos –si seguía allí por entonces, no creo, cuidándome las espaldas Beril como fue que escribió. De no ser por las copas de más no me hubiera atrevido, eso seguro, pues de discreto tenía poco –si así puede llamársele– el juego; Mina se sentó en un banqueteta y me pidió que buscara con la

vista en sus muslos –por sobre la liga, está aquí– su tatuaje minúsculo, yo debía adivinarlo y localizarlo al desgaire, tanto como al desgaire Mina de tanto en tanto cruzaba y descruzaba las piernas, para dejarme ver y no dejar en cambio atisbo a los otros, ni ver sus muslos –Por sobre la liga, está allí– ni a mí mirándola ni ella mostrándose, un juego complejo, creo, el primer juego.

Beril (pero ya no estaba, entiendo) hubiera subrayado la cosa como quien previene y avisa, el primer juego un juego oculto, oculta su risa y oculto porque no es transparente –la admonitoria Beril–, porque ya te hacía cómplice de secreto y cobijo de oscuridades, escamoteada la risa y el hecho; sus argumentos iban de ese tono en la carta, como con la mano que quiebra la copa, poco menos la que mece la cuna.

Esa noche de cualquier modo vi poco y vio nada mi corresponsal (que no lo menciona en su carta, no lo hubiera pasado por alto si hubiera sido testigo); lo vine a ver al completo –el tatuaje y a ella– al amanecer de ese día, y ya es seguro que no estaba la ignota Beril, se fueron a las seis los que quedaban –creo que en Praga ya es operativo el transporte a esa hora, antes no– pero me importó menos de qué se trataba el grabado que el resto, esto es, Mina desnuda sin naturistas desnudos, sólo para mí (pero suya) como en la noche el tatuaje y sus muslos, un cuerpo de un solo color y sin marcas de ropa, sin saltos su bronceado uniforme, sin pausa.

Luego fuimos a casa de Jan, porque Mina se apuntó fácil, estaba libre hasta el festival americano –*Burning Man Festival*, algo me había contado, habría hogueras– y ocurrió donde Jan el percance aquel con su mujer eslovaca y encinta, pero ya esto queda fuera del alcance de Beril y su carta tan admonitoria, y no sería sino por la duda que luego tuve aprensiones –luego, cuando recibí aquella carta, antes no y ahora tampoco–, o más bien fue por aquel accidente que presté alguna atención a la carta y la tuve en la cabeza algún tiempo, hubiera pasado desapercibida si no, como otras que recibo

y no atiende, y que no existen más luego de abrir el sobre y tal vez responderlas, no siempre. El caso es que a veces se duda sin tino, imposible discernir el por qué, pero se duda siquiera sea por un segundo o dos o aun por más, una suerte –más bien, sí, creo que es eso– de perplejidad o turbación que por fortuna disipa el ritmo natural de las cosas, toda espera cesa. No fue sino por eso, es seguro, que asocié los desvaríos de mi bienhechora remota con Mina y todo aquello de la mujer de Jan, una desgracia –pero una desgracia casual, no tiene más patas el gato, qué otra cosa iba a ser.

Habíamos viajado en el descapotable de Mina –el volante a la derecha, un coche inglés. Según ella es lo mismo, pero Mina condujo todo el tiempo porque a mí no más de pensarlo ya se me hacía cuesta arriba, será que lo desconocido me desazona e inhibe, y lleva razón (lo había dicho ella), soy conservador cuando se trata de hábitos. Y no es poco, una buena paliza al timón, cinco horas, quizá menos para quien sepa la ruta o la hace a menudo –pero yo no entiendo bien los avisos en checo y además a medida que te alejas de Praga escasean, hubo que dar vuelta atrás y retomar rumbo y deliberar, los mapas no se me dan bien y me ofuscan. Las deliberaciones, en cambio –hacer algo, estar ocupado– son de agradecer después de una noche un poco difusa, y la anterior lo había sido, no apresurada pero sí difusa –a pesar de la vigilancia que no preví entonces, de mi valedora Beril imprevista–; cuántos encuentros no tienen más vida porque se agotan en su primera vez y luego ninguno sabe qué hacerse, y son pasado recién al otro día, uno cancela lo que se le hace incómodo, lo aleja y dispone tiempo por medio, se cuida. Almorzamos en una fonda después de un despiste y del retroceso consiguiente, y ya a esa hora todo estaba a salvo y sin contratiempos, como si hubiera estado previsto en mis planes –también yo los hago, no hay tiempo para desperdiciar ni para reparar en sorpresas, y hay que ver lo que ayuda: Mina no había vuelto a ser mi alumna de verano ni la editora naturista de la presentación de la víspera, nada se había desencajado o si se quiere al revés, no había vuelto, por suerte, a encajarse todo en lo previo.

Yo tenía doce noches tan sólo y un día, es poco tiempo. El tatuaje de Mina, que vi por fin a la luz y en detalle, era un calderón, un motivo curioso –bueno, también el dodo de anoche lo era–, supuse que deformación profesional, *less is more*. Mina se alegró porque le dijera al motivo del suyo su nombre, *calderón*, ya nadie le dice –me dijo– calderón a los calderones y hay quien dice un *enter* (suena pésimo) o los que no marca de párrafo, es un signo extraño para quien lo mira por primera vez, una P invertida y algo abigarrada –dos líneas verticales en vez de una sola–, y es que antes de ser calderón el signo fue el error de una P, un tipo mal fundido por un molde mal hecho, alguien habría pasado por alto –tan sencillo el yerro– el espejito de rigor hasta hace muy poco. Pero para una editora tendría un valor añadido llamarlo por su nombre, qué sé yo, se alegró como una niña y aun abundó, no tendría a menudo con quien conversar de estas cosas. Los calderones –como casi todo en el gremio, me puso al día– los inventó Manuzio, o mejor dicho y en este caso lo menos no inventó nada, pura tacañería renacentista y no más, habría pagado lo suyo por esos tipos con la P deficiente –algo así motivó las cursivas, por caso, que son también de Manuzio, en su origen ahorran espacio y abarataban por eso los libros, el papel era caro. No inventó nada Manuzio –insistió Mina–, sólo supo aprovechar y hacer rentable el error, y es bastante, por ahí anda el truco; a todo lo que sale mal se le puede dar vuelta.

El de Mina contrastaba con su bronceado que aún no me creo, las pocas líneas de un negro verdoso –los tatuajes siempre tiran a verde, no sé bien el porqué– se bastaban para colmar el muslo de eso que fuere, la belleza del signo en bruto y sin añadidos, sin saltos; no tenía ningún sabor especial ni tampoco textura, piel entre la piel nada más, *less is more*. Al sol la piel se irisa y luce siempre de lleno, no hay tentación de penumbras a no ser su repaso en el día de lo que haya sido la noche, y sólo el cuerpo y la piel –sobre todo la piel– llevan razón y tino y consuelo, y la marcha.

Hicimos dos o tres paradas, al margen de la calzada –sin cunetas, más un camino asfaltado que autopista cabal. En la última nos

adelantó un carretón. El descapotable de Mina nos dejaba a la vista y –lo menos para mí– a riesgo de algún encuentro desagradable y fortuito, una mujer desnuda a pleno sol tiente. Los de la carreta pasaron cerca y despacio; eran un viejo –sin darme cuenta calculé al enemigo, supongo que un reflejo ancestral– y dos muchachos, uno de los dos me pareció retrasado o bobo –un cromosoma de más en el par veintiuno, genética monda–, y era justo éste el que más la miraba, fijo y con énfasis, sería absurdo responderle la mirada y desafiar con los ojos pero fue lo que hice. El otro, que miraba sólo de reajo, alternativamente a nosotros –a Mina– y al viejo, era el que conducía los caballos. El viejo sólo farfulló algo en checo que yo no entendí, creo que un saludo, pero luego y cuando ya se alejaban reprendió al tonto –no escuché e igual no hubiera entendido, pero sí alcancé a verlo golpear y amonestar, lo golpeó en la cabeza–. Mina no se movió ni intentó cubrirse, que era lo que yo hubiera esperado, sino que siguió desnuda y expuesta y tendida, y aun dijo adiós con la mano. Se alejaron despacio, el carretón bamboleándose como se bambolean siempre y el bobo que decía adiós respondiendo al saludo, movía con vehemencia la mano como lo hacen quienes quieren dar énfasis e insistir, y creen que los gestos ayudan. Ninguno –ni ella ni yo– dijo nada, pero me pareció notarle una sombra de enojo. Nos vestimos y condujo de prisa, en unos minutos había alcanzado ya la carreta y paró unos metros delante, hizo señas de nuevo. Yo me quedé en el coche, sería lo mejor. Mina bajó con el mapa en la mano y la vi indicarle algo al más viejo, hablaron luego y manoseaban el mapa, el retardado se acomodó mejor sobre el heno y la miraba fijo; miraba como yo, que aun a mi pesar vigilaba al grupo, ahora cuidando que no lo advirtiera Mina, algo así hizo el otro hace unos minutos tan sólo, cambiar la vista entre Mina y el viejo, y mirar sin ser visto. Tal vez haría anoche lo mismo la ignota Beril, sería para ella un reflejo ancestral como lo fue para mí cuidar y custodiar y estar al hilo, custodiar y atisbar y hacer notar mi presencia.

Ahora fui yo quien dijo adiós con la mano y seguimos, habría –dijo Mina– que regresar hasta un entronque que habíamos pasado de largo y ahí enrumbaríamos sin pérdida, dijo también que era un tonto –yo el tonto– porque ellos habían tenido más vergüenza o rubor que los nuestros, y yo acepté el regaño sin ripostar –para qué– y no dije nada, al rato estábamos en el entronque de marras y andaba bien todo, ya Mina sin disgustos ni reticencias y el percancelo olvidado, cuando hay poco tiempo se disculpa todo más fácil. Hasta el pueblo de Jan la carretera se estrechó y se redujo, y el último trecho era una película de asfalto sobre la tierra porosa que asoma y lo desplaza a veces, en verano –como entonces– aún con césped por tramos.

La mujer de Jan y Jan mismo salieron a recibirnos al camino o allí donde el camino termina, no habíamos llegado y ya se los veía agitando los brazos –no pude evitar la imagen del retrasado y del viejo, uno asocia a veces sin querer ni pensar–, lucían extraños los dos y Jan sobre todo, quizá porque ahora estaba Mina conmigo y debí ver por mis ojos pero también por los suyos, los míos estaban acostumbrados a ver a Jan en congresos y reuniones académicas en las que salvo asistir no se hace más nada, para los de Mina sería, si acaso, un campesino bien relacionado o con amigos urbanos, no sé. Mina pasó el coche con cuidado a través de una cerca, lo condujo despacio hasta un terraplén sin plantar –alrededor había hortalizas, algo de remolacha y es posible que zanahoria y lechugas, no soy ducho en el tema. Cuando el coche se acercó y paramos me percaté (antes no, de lejos sólo una figura borrosa y de afectado saludo) que la mujer eslovaca y filóloga y de Jan –que ahora se había quedado algo atrás, Jan se adelantaba hacia el coche, ella no– llevaba vientre de embarazada, qué bien se lo calló, si el viejo Jan sería padre; casi me sacó del coche y me palmeó la espalda, a lo bestia, entendería que ser rudo se avenía con su imagen de ahora, tan lejana de congresos y poco académica (pero bueno, había

quien bromeaba con aquello del tolstoiano Jan, ahora entiendo). La chica sería unos diez años menor, no soy bueno para calcular las edades pero pudiera haber sido mi alumna, calculé que si se había graduado hace poco andaría sobre los veinticinco o así, no menos pero más tampoco, seguro; además, llevaba trenzas y las trenzas añiñan algo el aspecto, me la imaginé por un segundo con calcetines a rayas. Jan la presentó y yo a Mina, y Eva –dijo también su apellido pero no lo recuerdo, un hermoso apellido eslovaco– nos saludó en un castellano impecable, en lo suyo era buena. Eva y Mina se las entendieron para quedarse atrás –creo que Mina preguntaba por el huerto, a fin de cuentas en su trabajo las hortalizas tendrían buena prensa– y Jan y yo entramos los bultos, unos pocos porque el resto lo había dejado en Praga en consigna, lo más pesado eran libros para la biblioteca de Jan y supongo que también de Eva ahora; aunque sea natural es curioso, los matrimonios alimentan las bibliotecas y los divorcios las merman, *habent sua fata libelli*.

Jan y Mina creo que no congeniaron; Beril, mi suspicaz valedora, habría insistido o lo hubiera tomado por involuntario aliado –Ves, lo ves, él tampoco traga, cualquiera se da cuenta, los que te quieren te previenen y cuidan–. Pero entonces Beril no estaba allí ni yo había recibido su carta, de seguirle la rima estaría en un limbo desprotegido y a la merced de quien sabrá qué (puedo imaginarlo: Beril habría dicho ¿Lo ves?, ya estás en sus garras, ya está hecho). El caso es que de primera vista no congeniaron y ya después no hubo tiempo; Jan me preguntó en cuanto pudo algo así como De dónde te sacaste a la chica y yo respondí cualquier cosa, pude haber ripostado con la edad de su Eva encinta y filóloga y que podría ser su hija –o casi–, pero no quise herirlo, eso no. Hablamos de libros y sobre todo de los suyos que no conseguía publicar –una gramática castellana y varias traducciones al español de Comenius, Jan insistía en traducir al revés de cualquiera, de su lengua nativa a la otra en cierta forma impostada y segunda. Me callé que Mina fuese editora, no creo que ayudara –mi amigo desbarraba de los editores, en su

caso quizá con razón pero igual no habría simpatía para alguien del gremio, y no dije nada.

No estaban tan aislados, según Jan; lo habían decidido a raíz del embarazo de Eva, retirarse al campo y cultivar su propio huerto, la vida en Praga aportaba bien poco –o eso dijo, Eva ni asentía ni discrepaba, la paciente Eva– y además podría dedicarse a su obra, la ciudad distrae, y siempre quedaban el email e internet –Eva acotó con razón que también entretienen–, un pretexto bueno como otro cualquiera para que Jan me llevase ufano al estudio y mostrase su juguete recién adquirido, un ordenador de los transparentes de ahora, ya los Macintosh no son lo que eran, o será que envejezco. O quizá el pretexto lo fue para que Jan me contase –Eva y Mina en la sala– lo feliz que era con Eva y el hijo por venir y con su vida en presente (las hortalizas frescas, supuse), pero que sabía bien –así dijo, Sé bien– que no llegaría a ser ya la persona que quiso, juega malas pasadas el tiempo que se merma y agota, ya sólo me resta robarle unos años triviales –el tolstoiano Jan–, y disponerlos como si de un plus se tratara, ahora sé bien que no queda otra cosa, eso dijo. No sé qué esperaba, pero igual traté de animarlo sin mucho interés, y repliqué cualquier cosa, creo.

Cuando regresamos al salón me pareció (o fue luego quizá, cuando lo recordé a la vista de la carta improbable y remota, y ya tuve dudas) que Mina y Eva se tenían dicho lo suyo o dispuesto algo entre ellas, las dos reticentes y hoscas como si se tratase de una protesta velada contra Jan y contra mí, ocurre a veces, los amigos de uno que incomodan o predisponen al otro. Sobre todo la chica de Jan, se mesaba la punta de las trenzas y cambiaba (o no sé, quizá lo imaginara, a veces se duda sin tino y sin discernir el por qué) miradas rápidas con Mina, una mirada entendida o acaso fuera afirmativa –como quien dice Sí, desde luego, en efecto, y concede o aprueba–. O puede ser que no haya habido nada de eso, a fin de cuentas cómo saber o qué de la mirada de Eva, cada cual tiene sus gestos que no ponderamos bien hasta que no se hacen costumbre, quizá la chica siempre mirara como quien busca apoyo y justicia,

y espera que juzguen bien su diligencia y criterio y los hace por eso patentes. Si dudé por un segundo –y sería luego, no creo que entonces lo hiciera– fue por la carta, y en cualquier caso habrá habido más de estupor que de duda, hubiera respondido con gusto a mi interlocutora Beril tan remota y zanjado el asunto, pero entonces en casa de Jan todavía el asunto no era, y no había ni la carta ni tampoco aprensión.

El asunto lo fue o vino a serlo más tarde, la misma noche si en esto tienen alguna relevancia los hechos o mucho después si lo que cuenta es la incertidumbre y su niebla, cuando recibí aquella carta y dudé y completé aquella noche con la reticencia y la sospecha, todo se puede armar y desarmar como un rompecabezas si de sospechas se trata y Beril lo sabría, también se le puede dar vuelta a lo que es natural y corriente y sucede sin causa, algo así como el truco del viejo Manuzio al revés pero aun más rentable, pues el miedo al error cunde más que el provecho del yerro.

Mina y yo nos escabullimos creo que rápido de la velada y del vodka, me pareció que Jan hubiera querido proseguir la charla o por lo menos demorarla –me recordó a esos estudiantes que tratan en las fiestas de la Facultad de dilatar la juerga aunque ya no dé más–, porque repitió par de veces que era temprano y nosotros que el viaje por carretera agota –y lo consiguió en parte, hubo una hora o quizá más que fue ya de extra, la conversación mermada y todo el tiempo a la espera de un fin espontáneo. No lo tuvo, Mina se levantó y declaró que nos íbamos a la cama («ya decide por ti, ella decide», habría dicho Beril, «manda y arrastra y decide», pero nadie lo dijo), y Eva nos acompañó mientras Jan se llenaba otro vaso, y nos mostró con su español tan correcto la habitación ya dispuesta y contigua a la suya, me pregunté si las paredes de madera dejarían escuchar o no los ruidos de una a la otra, y descubrirían ellos dos acaso que no había fatiga ni sueño. Se despidió de un modo extraño, Eva, la despedida no tanto de mí como de Mina, hubiera bastado decir buenas noches pero el castellano no era su lengua, a fin de cuentas todo es imputable a eso cuando se trata de gestos y frases. Lo que

temía fue tal como lo presagiaban las tablas machihembradas y endebles, al rato los escuché hablar o discutir –pero en checo, no precisé las palabras ni lo que ellas dijeran, para mí ruido solo–, y le tapé la boca a Mina para seguir en lo nuestro.

Luego recuerdo –pero lo recuerdo entre sueños, o lo recordé al otro día ya nefasto y todo distinto y ya grave– que Mina salió de la habitación porque no tenía sueño (yo sí, cabeceaba y acertaba a responderle entre nieblas), y recordé también haber oído la voz de Eva diciendo en checo cosas que para mí no habrán sido nada más que ruido o susurro indistinto, pero de esto último no preciso ahora –entonces tampoco– si lo soñé por mi cuita de las paredes endebles y a través de las que habrán escuchado seguro que ni Mina ni yo tuvimos sueño hasta tarde, o si lo escuché realmente y de veras, una voz que no decía nada pero que se lo diría supongo que a alguien –la gente no habla sola de noche o no es lo habitual, más cuando salvo para mí a los otros bajo el mismo techo esas palabras les dirían algo y significarían y podrían contestarse, pero ni Jan ni Mina (o eso dijeron luego, lo menos) habían conversado con ella ya en la madrugada ni la habían atendido ni visto ni tampoco oído, afantasmada Eva antes de serlo, un fantasma.

Pero no todavía fantasma y espectro del todo (que reprende y amonesta, «ya estás en sus garras, ya está hecho») hasta la mañana siguiente, en que sí la vimos los tres –desnuda y muerta y con detenimiento matutino– en el baño, la bañera mediada y como una burla su cuerpo –mucho menos infantil sin la ropa, será que la muerte o la desnudez envejecen de golpe– dispuesto el cuerpo en una postura para nosotros extraña supongo que porque los muertos se ven siempre y parcialmente –sólo el rostro– en un ataúd, y no en otras circunstancias salvo aquellos cuyo trabajo los obligue o consista en esto mismo, en verlos o en recogerlos o disponer el ataúd visible a todos o en investigar la muerte del prójimo, o en evitarla si pueden. También el niño –el viejo Jan que ya no iba a ser

padre—, en el cuerpo de golpe maduro y de Eva que sería su tumba y su origen, no habría postura para él ni hubo tiempo, si acaso el prestado de la madre ahora muerta y ya fantasma. Hubo trámites luego —pero que no demoraron el festival americano de Mina, ni mi partida prevista—, y hubo la pesquisa previsible que hay siempre si algo ocurre sin causa, grave cuando es una muerte, y para mí no hubo dudas —salvo las del caso, quiero decir, qué hubiera pasado, un resbalón y un golpe o un paro, el cuerpo traiciona, o quizá suicidio (el alma también)—, pero no las hubo de Mina hasta la carta remota e improbable y admonitoria que llegó muy luego cuando ya no estaba yo en Praga (ni ella), y que me quitó el sueño quién sabe por qué —a veces se duda sin tino, la duda ella sola se vale— y que zanjó mi mudanza de casa y de barrio y país y teléfono (podría tenerlo Beril como cualquiera de los alumnos de aquel verano de Praga, por un tiempo esperé su llamada que no tuvo nunca lugar), para serle tan ignoto yo a ella como a mí aun su nombre. Y después pasó tiempo, que es lo que siempre y sin remedio ocurre, hace ya un año o casi de todo (ya es indistinto, la fiesta y el viaje y la muerte de Eva y del niño que no llegó a serlo, nonato creo que se dice, y luego la duda ulterior y tardía) y no apareció Beril ni pude contestar lo que pensé sostener y decirle, ni tampoco supe más sobre Jan porque también para él me hice remoto y porque imagino que no querrá saber de nosotros nada.

Mina viene a La Habana la semana próxima (este año para mí no hay curso, hay vacaciones por fin) e imagino su cuerpo de un solo color y sin saltos ni pausa y lo añoro, a veces es mejor no saber ni hacer planes, si hay poco tiempo.